

# PARTICIPACION Y DESARROLLO COMUNITARIO

## TEMA 1: EL CUENTO DE LA PARTICIPACIÓN



Igor Ahedo Gurrutxaga – Imanol Telleria

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

Master en Participación y desarrollo comunitario – Departamento de  
Ciencia política y de la administración

## Presentación

Cuando hablamos de participación estamos hablando de uno de los elementos característicos de la naturaleza humana. Un impulso participativo que está en la base de uno de los mayores y más loables intentos de nuestra especie para aspirar a un futuro mejor. No en vano, el ser humano sería definido ya hace siglos por Aristoteles como *zoom politikon*: animal político. ¿Qué es ese *don* que nos hace lo que somos? ¿En qué se basa esa naturaleza constitutivamente política de nuestra especie? ¿Qué es la política?

Evitando un acercamiento canónico, definimos la política como “*el arte de hacer posible lo imposible*”, en la medida en que la consideramos el único instrumento capaz de dar una respuesta satisfactoria a una naturaleza humana constitutivamente contradictoria. Para captar la lógica de la afirmación

*La política es el arte de hacer posible lo imposible al tratar de gestionar los deseos ilimitados y los recursos limitados de los que disponemos*

anterior, proponemos acercarnos al sentido de la política a partir de la metáfora de la pérdida del Paraíso. Sintéticamente, esta metáfora nos recuerda que los humanos asumimos esta condición tras acceder a la conciencia con el primer acto de desobediencia de la “historia”: comiendo de la manzana de la sabiduría. Los Dioses, tratando de evitar competencia, nos echaron del paraíso para que una vez dotados de conocimiento, no lográramos la inmortalidad gracias a los frutos de árbol de la vida.

En definitiva, llegamos a este mundo cargados de expectativas y deseos, resultado de la conciencia del entorno que aporta el conocimiento, pero con una única vida para satisfacerlos, en un mundo plano, de recursos tasados y limitados.

## La política como arte de hacer posible lo imposible

Estas expectativas ilimitadas en un marco de posibilidades limitadas conforman el centro de la contradictoria naturaleza humana. Y de paso, están en la base de los conflictos y las desigualdades que recorren nuestra historia.

Tradicionalmente, la respuesta que se ha dado a esta lógica conflictiva ha pasado por soluciones de carácter privado. En última instancia, la capacidad o no de enfrentarse a la vulnerabilidad potencial de nuestra naturaleza se ha sostenido (y se sostiene en muchas ocasiones) en recursos privados que permiten el acceso a bienes materiales, a las redes familiares o las solidaridades comunitarias. Dinero, familia y sangre han sido (y siguen siendo) los elementos que permiten una respuesta a la incertidumbre.

Pero todos y cada uno de ellos se caracterizan por ser accesos circunstanciales al bienestar. Así, en todas las sociedades hay contextos en los que determinadas (en ocasiones la mayoría de las) personas carecen de acceso a recursos materiales, familiares o comunitarios, viéndose imposibilitados de superar las situaciones de vulnerabilidad. Efectivamente, cada una de estas tres respuestas es privada, en la medida en que aporta soluciones de carácter particular que no afectan al conjunto de la población. Se trata, pues, de soluciones parciales, que sirven a algunos pero no a otros (u otras), en algunas circunstancias, pero no en otras. Un ejemplo de esta lógica de búsqueda privada de soluciones a la adversidad se visualiza en la forma de organización de los y las trabajadoras en los barrios obreros durante la década de los 50 y los 60 del pasado siglo. Por ejemplo, en Rekalde (Bilbao), barrio que vió nacer a una de las más potentes Asociaciones de Familias de España, resultaba llamativa la cantidad de academias privadas de enseñanza que existían en esos años, todas ellas ubicadas en viviendas particulares. La explicación de esta proliferación de centros de enseñanza es sencilla. En ese momento, en un barrio colmatado de personas recién llegadas del campo y sin servicios mínimos, no existía un acceso público a la enseñanza. De esta forma, aquellas personas que podían, solo tenían una salida: pagar con sus recursos la enseñanza de sus hijos e hijas. Por descontado, quienes no tenían recursos quedaban al albur de la ayuda de personas que *motu proprio*, trataban de colaborar en la educación de los niños y niñas de los trabajadores. O simplemente al albur del destino.

Sin embargo, paulatinamente, las mujeres de Rekalde comienzan a tomar conciencia de que el hecho de que sus hijos e hijas carecieran de acceso a la educación no se basaba en cuestiones particulares como la mala suerte, sino que tenían raíces públicas: las de un sistema desigual que condenaba al analfabetismo a las criaturas de las personas más humildes. Esta **toma de conciencia del carácter público de una problemática**, que como veremos es un elemento central en la lógica participativa, explica una politización que se concreta en demandas públicas. Por eso, ya en 1962 nacerá la comisión escuelas de Rekalde, que dará paso a una Asociación de Familias que en 1975 lograría la dimisión de la última regidora franquista de Bilbao.

La demanda pública es, precisamente, el único terreno sobre el que fermenta de la política. En este sentido, la política “es el arte de hacer posible lo imposible” porque es el “*único recurso para lograr respuestas públicas a problemas previamente identificados como privados, generando normas de obligado cumplimiento que afectan al conjunto de la comunidad*”. Desde esta perspectiva, la lucha por las escuelas que comienza en Rekalde en 1962 contrasta con la respuesta privada en forma de educación en academias. En el segundo de los casos, el acercamiento es privado y la salida a la desigualdad solo está al alcance de quienes tiene recursos materiales (o familiares o comunitarios). Y además no obliga a nadie más que a los y las implicados. Por el contrario, la primera de las respuestas se asienta en la **politización** de asuntos basados en desigualdades estructurales. Y, en consecuencia, trata de dar una respuesta pública que modifique no el problema particular (sea la falta de educación, sea el sufrimiento de la violencia de género), sino las bases estructurales y públicas del mismo.

*La política permite respuestas públicas a problemas que si se tratan de forma privada no generan soluciones que afecten al conjunto de la población*

## Política y democracia

Desde esta perspectiva, entendemos la política “*como una práctica colectiva que los miembros de una comunidad desarrollan con la finalidad de regular los conflictos entre grupos con el resultado de la adopción de decisiones que obligan, por la fuerza si es necesario, a los miembros de una comunidad*”<sup>1</sup>

Según esta definición, es evidente que el marco ideal de la política es el de la democracia, en la medida en que es el único modelo que permite definir un *demos* lo suficientemente amplio como para abarcar (cuando menos teóricamente) al conjunto de la población<sup>2</sup>. Dicho de otra forma, las dictaduras, aunque definan el pueblo de forma amplia y espectacular (incluso como “*guía espiritual de occidente*”), lo hacen desde una lógica

<sup>1</sup> Valles (2000): Manual de ciencia política. Tecnos, pp. 18

<sup>2</sup> Dejamos de lado las exclusiones fácticas de personas sin ciudadanía. Pero tampoco está de más recordar que la afirmación anterior debe ser matizada a la luz de acercamientos como el feminista que señala claramente como el *demos* supuestamente abierto de las democracias actuales tiende a dejar fuera a sujetos subalternos, especialmente a muchas mujeres, pero también otro tipo de colectivos que difícilmente encajan en el sujeto normativo del *demos* (bien sea por el color de la piel, el capital cultural o la misma capacidad de movilidad funcional).

excluyente que deja fuera (en ocasiones hasta el genocidio) a una gran parte de la comunidad.

Ahora bien, llegados a este punto convendría detenernos brevemente a la hora de identificar cómo se aplica en el marco democrático la lógica política que hemos descrito. Así, a la hora de definir la democracia, la ciencia política presenta dos abordajes.

- De una parte contamos con un acercamiento formal que se detiene en los rasgos mínimos que deberían estar presentes en estos sistemas y que se concretan en la seguridad jurídica, la competencia electoral libre, la libertad de acceso a la información, el derecho de representación, etc.
- Sin embargo, el gran caballo de batalla (una vez que en occidente se ha avanzado en la consolidación de los elementos formales de la democracia) es tratar de definir no tanto el mínimo común denominador, sino el horizonte al que debería aspirar este sistema: se trata pues de un acercamiento normativo.

Y esta necesidad de dotar de contenido la democracia más allá de sus elementos formales se hace más importante si, como se observa desde hace una década, aumenta la distancia entre lo que los gestores de lo político hacen, de una parte, y lo que desean sus representados y representadas, de otra. Dicho de otra forma, aunque formalmente se hayan mantenido los elementos constitutivos de la democracia, se hace evidente que la falta de horizonte normativo de estos regímenes ha llevado a un contexto de desafección que actualmente está poniendo en peligro hasta el propio sistema.

*La democracia relacional es aquella que permite la conexión entre lo que hacen los representantes y lo que esperan quienes son representados y representadas*

Se impone, en consecuencia, un acercamiento más matizado y exigente. Para ello, asumimos la propuesta de Pedro Ibarra, quien en su libro "Democracia Relacional"<sup>3</sup> define la democracia como el sistema que establece mecanismos para que no haya distancia entre lo que los representantes hacen y lo que los y las representadas desean. Para ello, propone diferenciar 5 esferas de la democracia, dando por sentado que el malestar existente se debe a la hipertrofia de una de ellas en detrimento de las 4 restantes.

<sup>3</sup> Pedro Ibarra (2011): Democracia Relacional, Tecnos.

- La primera de las esferas de la democracia, no podría ser de otra forma, es la representativa. Se trata del espacio que “fagocita la democracia” en la medida en que se asocian ambas a través (y en exclusiva) del voto. Y ciertamente, el espacio representativo es uno de los ejes claves de la democracia. Pero no es el único, como veremos a continuación. De hecho, ni siquiera los partidos son los únicos actores traductores de demandas, sino que conviven con los movimientos sociales y los grupos de interés (algo que conviene recordar cuando desde algunos partidos políticos se pide a los sindicatos que, si quieren protestar, se presenten a las elecciones. Un argumento de este tipo supondría un suspenso rotundo en cualquier curso de 1º de ciencia política). Precisamente, aunque en muchas ocasiones se rechace la presión de los movimientos sociales, lo cierto es que el acceso de los grupos de interés a la esfera representativa no solo no se cuestiona desde muchas posiciones políticas, sino que se ha facilitado tanto esta labor de lobby (sobre todo durante la pasada década) que se ha acabado convirtiendo en uno de los elementos que explica la creciente distancia entre representantes y no representados.
- Por eso, la democracia debe contemplar y regular la relación entre los grupos de interés y la esfera representativa. Precisamente, Pedro Ibarra propone poner luz a un espacio que existe, pero que al ser opaco, posibilita que la democracia se ponga al servicio de intereses privados. Se trata del espacio de gobernanza. Como sabemos, la creciente complejidad de la realidad social obliga al paso de una lógica de gobierno de arriba abajo, a otra lógica de gobernanza transversal y de geometría variable. La gobernanza es una forma de gobierno que tiene en cuenta a otros actores implicados y que establece fórmulas para llegar a una toma de decisión compartida. Esto, que es comprensible, puede no obstante pervertirse si el espacio de gobernanza es opaco en las formas y selectivo en su composición. Por eso es clave una regulación y transparencia de la gobernanza; así como una lógica de apertura que permita no solo la presencia de corporaciones u otras instituciones, sino también de colectivos sociales y/o agrupaciones de interés público.
- El tercer espacio de democratización sería el de la comunicación. De acuerdo con Pedro Ibarra, democracia no solo es votar (esfera representativa) y garantizar que la influencia del espacio privado no interfiera en las voluntades públicas (esfera de la gobernanza), sino que también debe garantizar la apertura del espacio comunicativo. Esto es algo a tener en cuenta en un mundo en cambio, en el que se ha pasado de una lógica comunicativa vertical (Enciclopedia



Británica, prensa decana), a otra más horizontal (wikipedia, influencers).

Y esta democratización de la esfera comunicativa no solo afecta a la forma en la que los políticos se acercan a la ciudadanía (nuevos canales de información), sino también a la inversa, la forma en la que lo ciudadano se relaciona con lo representativo (comisiones anti-rumores, demanda de transparencia)<sup>4</sup>.

- El cuarto espacio, quizá el más castigado en las democracias actuales, es la esfera de la contienda. Pedro Ibarra subraya que la democracia no es ausencia de conflicto, sino precisamente la capacidad de gestión acordada del conflicto. Desde esta perspectiva, la forma en la que se aborde la protesta dirá mucho de la calidad de una determinada democracia. Ni

*Lo que define la democracia no es la falta de conflicto, sino precisamente la capacidad de acordar la gestión de una contienda que debe ser respetada como un valor*

qué decir tiene, los crecientes recortes de la libertad de expresión y manifestación denotan un proceso de repliegue de la democracia, cuya calidad se diluye cada vez que en su nombre se criminaliza la protesta.

- La necesidad de considerar otras esferas de la democracia más allá de la representativa, asumiendo la importancia de regular la relación con lo privado, de aceptar el conflicto y la protesta y garantizar la información y la deliberación, hacen que sea perfectamente comprensible que a los anteriores espacios democratizadores se añada una quinta esfera que, en su relación con las anteriores, define el marco de la democracia. Se trata de la esfera participativa. Así, Pedro Ibarra considera que los procesos participativos son el instrumento que complementa la representación en una clave que va más allá de la simple delegación, para adentrarse en el terreno de la responsabilidad pública.

Precisamente, esta quinta de las esferas es la que se pretende seguir profundizando en este curso presentando un modelo, debemos subrayar, que debe tener en cuenta la gestión del conflicto y la protesta, la gestión de la

---

<sup>4</sup> Desde esta perspectiva, la transparencia municipal es una obligación que responde a la exigencia de rendición de cuentas y que afecta a la esfera de la democracia comunicativa. Algo que la separa, como apuntaremos, de la esfera participativa, que aunque relacionada con la anterior (y con el resto), remite a una lógica diferente. No conviene, pues, confundir transparencia y participación. La primera es un requisito de la segunda.

comunicación y la transparencia, y la gestión de la complejidad de lo político con la apertura de las redes de gobernanza.

Pero, para que se pueda avanzar en esta quinta esfera, se hace necesario explicar cuál es el elemento nuclear de la política y de la participación: la politización. Y sobre todo, entender, de forma gráfica, de qué va “el cuento de la participación”

## El cuento de la participación

Los cuentos infantiles están cargados de valores que reproducen pautas asentadas en la obediencia, el miedo a lo desconocido, lógicas de dominación, roles patriarcales, etc. Un ejemplo clásico es el del cuento de la Cenicienta. Imposibilitada de acceder al Príncipe (por supuesto hombre) como consecuencia de la envidia de sus hermanastras y su madrastra (por supuesto mujeres), sólo logra romper con su aislamiento gracias a un Hada Madrina que... todo el mundo sabe que no existe...

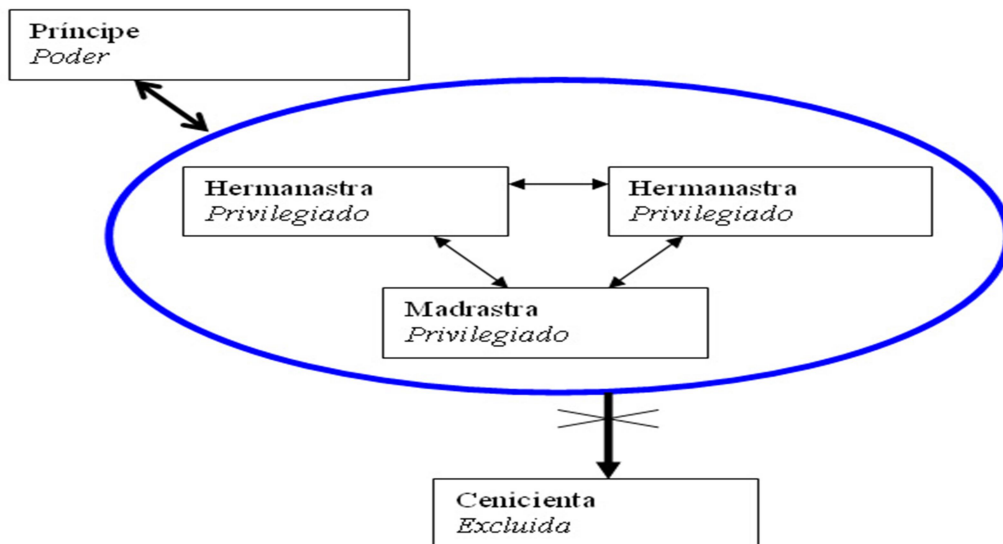
¿Seguro? ¿Qué pasaría si cambiásemos los términos? Imaginemos que el príncipe fuera, por ejemplo, el poder, al que (de acuerdo con lo que hemos visto antes y que se concreta en la manida “desafección democrática”) sólo acceden unas clases privilegiadas (gráficamente identificada por “los de arriba o lo viejo”), perfectamente relacionadas entre ellas, poderosas (la madrastra y las hermanastras). El cuento, así visto, nos muestra otra faceta mucho más real: la de una Cenicienta que podríamos identificar como el/la excluida del poder (la persona que gritaba el “no nos representan”), la mayoría de personas que sufrimos las decisiones de otros, de unos pocos (al no ajustarse la decisión al deseo del *demos*, como recuerda Ibarra).

Probablemente, como en el cuento, ni se nos ocurriría imaginar que es posible acceder al poder, a la capacidad de decisión, a la capacidad de decir “así no”. Y así seguiría todo durante años... A no ser que se nos apareciera el Hada Madrina con sus calabazas y ratones... Pero ¿existe el hada madrina? Evidentemente, en nuestro cuento sí. Pero a diferencia de la versión tradicional, en el cuento de nuestras vidas no nos basta con esperar a que nos llegue. Y es que las cenicientas sólo dejan de ser objetos en la medida en que sean capaces de encontrar nuevas formas de pensar que le hagan ver que la realidad no les está dada, sino que su situación de subordinación responde a lógicas, a estructuras que aunque nos condicionan, ciertamente, son creadas por los seres humanos, por miles de cenicientas y algunas madrastras.



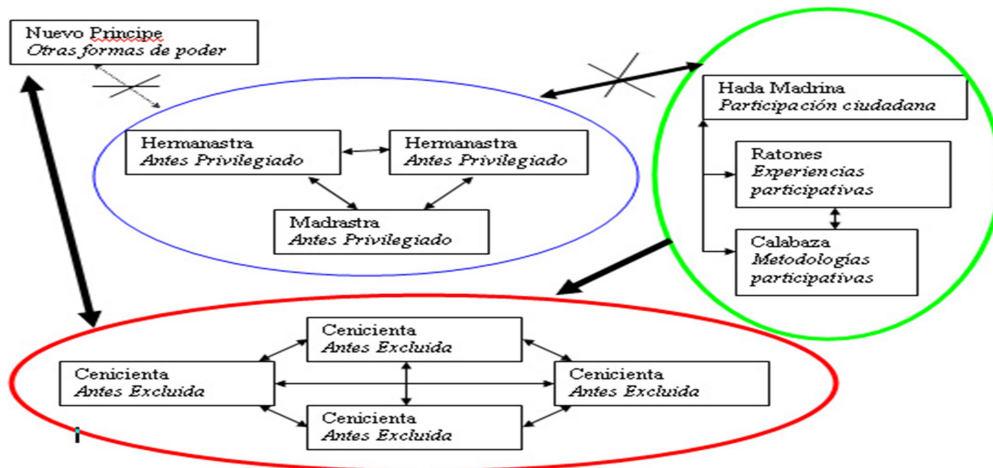
Y por eso, pueden ser cambiadas. Por eso, el hada madrina de nuestro cuento no es más que... **la politización**. En la medida en que la cenicienta se da cuenta de que no está sola, de que su problema (estar supuestamente condenada a fregar suelos) no es privado, sino que es compartido por miles de cenicientas aisladas, toma conciencia del carácter estructural, del origen público de la subordinación en la que está. Esta consideración de que los problemas sociales tienen un origen público, por ejemplo, está en el centro de las estrategias de politización que provocan los procesos de participación ciudadana. Y es que, de acuerdo con los teóricos políticos, el proceso de politización, al orientarse hacia lo público, es un proceso de articulación de redes.

Desde esta perspectiva, si el sociograma que representa las relaciones de poder en la Cenicienta es así al comienzo del cuento...



Fuente: Elaboración propia

... gracias a la magia de la politización pasa a pensar que friega suelos porque otros la tratan como subalterna, de forma que uniéndose a otras cenicientas puede, no solo de dejar de fregar suelos, sino incluso cambiar el cuento.



Fuente: Elaboración propia

Así, desde esta perspectiva, la politización que permite la participación ciudadana es la magia, el Hada Madrina del cuento de nuestras vidas. Los ratones son las miles de experiencias de miles de barrios, de asociaciones civiles, instituciones comprometidas, que ponen en marcha presupuestos participativos, planes comunitarios, propuestas participativas de ordenación urbana, espacios auto-gestionados, de codecisión. Y las calabazas son las acciones participativas: las *derivas* por nuestros barrios, por los colectivos que formamos, para imaginar nuevos futuros y entender actuales presentes; los *flujogramas* para entender nuestra responsabilidad en los problemas; las *dinámicas de grupos* para identificar roles y discursos destructivos y constructivos; los *talleres* para reflexionar sobre nuestros problemas; los *mapas de poder* para conocer nuestras relaciones...

*Apoyada sobre miles de experiencias y centenares de técnicas, la participación conecta cenicientas antes aisladas, crea nuevas redes... y lo más importante. Cambia el cuento*

Desde esta perspectiva, la conexión de cenicientas representa la energía de una sociedad que se enfrentan a las lógicas de los grupos de presión económicos (hermanastras que se llevan mal entre ellas, pero que tienen el interés común de que las cenicientas les limpien los trapos sucios) que durante demasiados años han tenido un acceso exclusivo al poder (tradicionalmente representado en forma de partidos políticos).